

Luces que proceden de algunos que arden

ELENA FERNÁNDEZ. Profesora del departament de Projectes de l'ETSAB



Josep Quetglas, Carlos Ferrater y Esteve Bonell han sido galardonados con el Premio Nacional de Arquitectura por diferentes estamentos oficiales estatales y autonómicos, lo que nos lleva a homenajearles conjuntamente¹. Analicemos el significado de esta “confluencia astral”. Interpretemos esta constelación de forma intuitiva y personal, siguiendo el rastro de la estela generada por la fusión de estos tres focos de energía heterogénea en el lugar común que posibilitó su encuentro: la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Un sondeo evidencia que la entropía allí generada trascendió el puro marco físico para abarcar un ámbito intelectual, el formado por la comunidad discente y docente. Destaquemos, pues, esta sinergia a modo de homenaje pues somos muchos los que, como alumnos primero y como profesores después, hemos caminado a la luz de las trayectorias profesionales y académicas de estos tres personajes.

Para ilustrar este hecho, nada mejor que ampararme en las palabras de Josep Quetglas cuando, en un artículo dedicado a Moneo² replica estas palabras de Georg Lukács³:

iBienaventurados los tiempos capaces de leer en el cielo estrellado de mapa de los caminos que se les abren y que van a seguir! iBienaventurados los tiempos cuyos caminos están iluminados por la luz de las estrellas! Para ellos todo es nuevo y, sin embargo, familiar; todo significa aventura y, sin embargo, todo les pertenece. El mundo es vasto y, sin embargo, en él están a gusto, porque el fuego que arde en su alma es de igual material que las estrellas. El mundo y el yo, la luz y el fuego, se distinguen netamente entre sí y, sin embargo, jamás se vuelven definitivamente ajenos uno al otro, porque el fuego es el alma de toda luz y todo fuego se reviste de luz.

Partiendo de estas reflexiones Quetglas añade:

Sí, bienaventurados esos tiempos, que no habrán sido los nuestros. En nuestros tiempos oscuros, cuando nos separa del cielo una niebla de horror, cuando los astros, pintados sobre el yeso, mienten, no podemos guiarnos por el fulgor de ninguna estrella. A nuestro

alrededor no hay, pese a todo, una completa oscuridad: hay también luces, que proceden de algunos que arden. No queman como antorchas para hacerse ver, ni para orientarnos hacia ellos ni para indicarnos ninguna senda. Pero a la luz de estas teas los demás podemos localizar nuestra propia posición, averiguar nuestro aspecto, medir el rastro que, a tientas, vamos dejando. Es por esos pocos que ahora arden que las generaciones futuras sabrán cómo fuimos todos nosotros.

Bastaría con que cada uno de nosotros se sometiera a este test para averiguar la procedencia de la luz que ha guiado y guía nuestras trayectorias arquitectónicas. Seguro que muchas de nuestras incertidumbres han sido alumbradas en más de una ocasión por las palabras de Quetglas, por una construcción de Bonell o por un paisaje de Ferrater. Desde mi propia experiencia personal, debo de admitir que mi pasión por la arquitectura se inició en las clases de Historia del Arte que impartía Quetglas a primera hora de la mañana. Recuerdo aquel tiempo donde madrugar no representaba ningún esfuerzo, a pesar de vivir despierta tantos amaneceres por las entregas de proyectos y urbanismo. Aquellas clases nos transmitían una energía muy particular, creaban cierta adicción hasta el punto que, una vez acabado el curso, muchos de nosotros continuábamos frecuentándolas como oyentes siempre que podíamos.

Cuando la programación de clases oficiales impedía satisfacer este hábito, lo sustituíamos buscando auxilio en los “profesores” que Quetglas nos había recomendado, aquellos que, liberados de cualquier tipo de horario, esperaban pacientes en la biblioteca⁴. Estaban siempre allí, entre los dibujos, textos y fotos que ilustraban su obra, un material que utilizamos emulando los procedimientos aprendidos en aquellas clases tempranas. La disección analítica de toda aquella documentación nos brindó la oportunidad de construir de nuevo cada edificio estudiado, pues, como el docente repetía, “comprender el Pabellón de Alemania de Mies van der Rohe

o la Ville Savoye de Le Corbusier es proyectarlos, convertirse en su autor”. Junto a Quetglas proyectamos las mejores arquitecturas que ha dado la primera mitad del siglo XX, itodo un lujo!

Sin embargo, no todo fue pasado. El presente que vivíamos nos exigía también una puesta al día de lo aprendido, la demostración de que dominábamos el oficio. En esta búsqueda personal divisamos otras luces algo más cercanas: las emitidas por algunas obras de reciente construcción que alentaban de nuevo nuestra vocación al demostrarnos que todavía existía una arquitectura posible a pesar de lo poco “arquitectónico” que era el momento. Conocíamos bien a sus autores gracias al acercamiento personal propiciado por las correcciones de proyectos. Entre todos aquellos profesionales que nos construyeron como arquitectos destacaban las figuras de Carlos Ferrater y Esteve Bonell. Su luz no solo se debía a los destellos emitidos por la obra construida y sus méritos docentes, sino que también provenía de su talante: una actitud combativa, tanto en lo que respecta a la defensa de la disciplina frente al mercado como en la reivindicación del decisivo papel del arquitecto en la sociedad contemporánea. Su ejemplo no solo supo transmitir un compromiso, sino que también sirvió para aprender a ser emprendedores, algo vital para el ejercicio de la profesión en nuestros días. Una capacidad aquí entendida más desde la predisposición que desde la ambición, más desde la voluntad que desde la codicia. Por lo tanto, *un estar dispuesto* a actuar antes que limitarse a esperar, a buscar cualquier posibilidad de proponer antes que aceptar cualquier certeza ya propuesta.

Quizás no todos consigamos imitarles rematando nuestras carreras con galardones tan preciados, pero sí podemos emular el arrojo con el que abordaron sus inicios profesionales. Ambos arquitectos coincidieron en el planteamiento del inicio de su trayectoria: se sirvieron de encargos creados por ellos mismos para encontrar la posibilidad profesional que todavía nadie les había ofrecido. Son sendos edificios de apartamentos, el Frégoli I (Barcelona, 1972), de Bonell, y el edificio El Port (L'Estartit, 1980), de Ferrater. Ambas promociones, como resultado de dos auto-encargos, se sustentaron en todo momento en las sutiles líneas de tensión generadas al trabajar con conceptos opuestos: la ilusión y el pragmatismo. Una ilusión utilizada no solo como fuerza interior que potencia la capacidad de hacer del individuo, sino también como energía exterior que esta acción disipa sobre su entorno más próximo y que, por simple contagio, seduce a las partes implicadas en la operación. En definitiva, una energía particular que produce una sinergia colectiva capaz de convertir a socios y allegados en los más fieles cómplices del arquitecto. Esta mutación fue el factor determinante en ambos casos, pues logró de estos sujetos afines a la causa un doble apoyo: financiero y anímico. Como respuesta a su confianza, paciencia y generosidad, ambos arquitectos decidieron no asumir más riesgo que el necesario, recurriendo al pragmatismo como hilo conductor de su experimento proyectual. Esta combinación de sueño y deseo con realidad y responsabilidad, lejos de limitarse a ser un instrumental puntual con el que solventar una casuística concreta, se convirtió en una constante reconocida en el resto de los trabajos de estos

dos arquitectos y a la cual deben su éxito. Lo expuesto corrobora que tanto el Frégoli I como El Port fueron los laboratorios arquitectónicos donde Bonell y Ferrater pudieron consolidar su lenguaje, destilando en ellos su bagaje cultural y sus inquietudes personales. Frégoli I se puede entender como la interpretación del racionalismo europeo de los años veinte y treinta por parte de Bonell, muestra de su respeto por la obra del Grup R, la arquitectura residencial de Josep Lluís Sert y, específicamente, el edificio de la calle Muntaner (1929). En el Port Ferrater condensa y moderniza la estructura formal de la más pura tradición arquitectónica mediterránea, síntesis que le permite la reformulación de un lenguaje propio y personal que nos remite a algunas obras del racionalismo italiano, aunque subyace de forma patente su profunda admiración por la obra de José Antonio Coderch. Otra vía paralela para cerrar el círculo sería ilustrar lo que Quetglas, tercer personaje de la terna, ha escrito y dicho sobre estos autores, aunque ni las coincidencias que los unen ni las divergencias que separan su obra pretenden ser el hilo conductor de este discurso. Desde la revista que edita la institución que a todos nos relaciona únicamente hemos querido brindarles nuestro homenaje particular. Primero como los discípulos que fuimos, en reconocimiento a una labor docente que despertó en nosotros la curiosidad por saber. Y segundo, como los arquitectos y docentes que ahora somos, en agradecimiento por los honores que han recibido y que se convertirán en un incentivo para ayudarnos a mejorar.

Como apuntaba el texto que daba arranque al artículo² aunque nuestras biografías queden para siempre emparentadas con una época que ha confundido el mercado con a la arquitectura, no debemos afligirnos, pues somos afortunados. Siempre podremos decir que fuimos del tiempo en que Quetglas reconstruía el patrimonio moderno, Bonell consolidaba ciudades y Ferrater creaba paisajes. A través de ellos, nuestros descendientes podrán deducir cómo fuimos nosotros. ●

¹ Josep Quetglas ha recibido el Premio Nacional de Arquitectura 2009 otorgado por Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya a través del CoNCA por “su incansable investigación y divulgación de sus estudios sobre Charles Edouard Jeanneret-Gris (más conocido como Le Corbusier), incorporados en la colección Massilia (Anuario de estudios Lecorbusierianos) y por su dilatada trayectoria como crítico de arquitectura”.

Carlos Ferrater ha sido galardonado con el Premio Nacional de Arquitectura 2009 del Ministerio de Vivienda “en reconocimiento a su trayectoria profesional, plagada de premios nacionales e internacionales” y por “haberse convertido en referencia indiscutible para varias generaciones de arquitectos, dentro y fuera de España”.

Esteve Bonell ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura 2010 del Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya a través del CoNCA por “su estimulante compromiso con la cultura arquitectónica durante décadas, tanto des de su despacho profesional como des de su maestrazgo en el ámbito académico”.

² Quetglas, Josep, “La danza y la procesión. Sobre la forma del tiempo en la arquitectura de Rafael Moneo” en *El Croquis*, nº 64, Madrid, 1994.

Quetglas, Josep, *Artículos de Ocasión*, editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2004.

³ Georg Lukács (Budapest 1885-1971). Filósofo marxista y hegeliano, y crítico literario.

⁴ Referencia al texto “Léelo y pásalo” de Josep Quetglas, editado en *Pasado a Limpio, II*, editorial Pre-textos, demarcación de Girona del Colegio Oficial de Arquitectos de Catalunya.